

Las formas del saber y del amor y las rupturas del tiempo histórico

Entre los notables investigadores de la historia de la medicina se ubica Pedro Laín Entralgo; en medio de la vastedad de su obra sólo quisiésemos detenernos en su original manera de ordenar los tiempos en acuerdo a los avances científico-técnicos y a las formas del amor médico, con lo cual le ha dado un inesperado giro a dicha ciencia. Como se recuerda, la costumbre inveterada de preferenciar lo disímil en la historia hace casi natural la división tajante de los tiempos en antiguos, medios, modernos y contemporáneos, a la que se adhiere sin mayores problemas la medicina entera. Marcaría a la Edad Antigua, la transformación de la medicina desde mera empiria en técnica o arte, o sea, en actividad preocupada de saber rigurosamente *el qué* es la enfermedad, *el por qué* de su origen, y *las causas* de sus posibles líneas de término. Fiel a ese horizonte de trabajo, pasada la Edad Media, la Edad Moderna se abre con el redescubrimiento del cuerpo anatómico por Vesalio, y de la circulación de la sangre por Harvey, y la Edad Contemporánea o modernidad tardía, vendrá con retraso tras la puesta a la vista del subconsciente, de la subjetividad y del valor creativo de la palabra por Janet y Freud.

Las mentalidades médicas y su persistencia histórica

Laín Entralgo escapa a ese esquema fundado en supuestas divisiones trazadas por ciertos avances científico-técnicos, pues no ve en esos avances modos radicalmente diversos de percibir la realidad sino novedosas consecuencias de adelantos en tendencias de pensamiento siempre similares venidas desde muy atrás y que casi forzosamente si eran trabajadas, debían conducir a eso. Se dan de hecho según él, dos grandes modos invariables de aprehensión de nuestra ciencia: el *personalístico*, propio de los pueblos semíticos, y el *cosmopatológico*, propio de griegos y occidentales. A estas dos vertientes separadas e invariables, Laín las llama *mentalidad*;¹ hay la mentalidad semítica y la helénico-occidental.²

¹ En su obra «Enfermedad y Pecado», p. 103, dice Laín refiriéndose en este caso al siglo XIX: «Impera entonces sobre toda la medicina científica una mentalidad que en otro lugar he llamado cosmopatológica, consistente en explicar —o tratar de explicar— la enfermedad humana mediante los métodos y conceptos de la Ciencia Natural...» Ed. Toray, Barcelona, 1961.

² Se habla por cierto de las mentalidades médicas cercanas a nosotros, no de las del Extremo Oriente u otras partes del mundo.

Para la primera: caldeos, asirios, hebreos, la enfermedad es consecuencia del pecado y su curación exige un examen de conciencia y una purificación; para la segunda, el hombre es la expresión máxima de armonía de la *physis*, o sea, de la unidad de los cuatro elementos: tierra, fuego, agua y aire, con sus respectivas cualidades, seco, húmedo, ácido, amargo, dulce, insípido; la enfermedad sería aquí, exceso o merma de algunos de ellos, por mala dieta, climas desfavorables, reglas higiénicas mal llevadas; la salud restablece la armonía. Hay males curables e incurables, según lo dicta la ley de la necesidad común a todos los seres; cuando el daño proviene no de la mera desarmonía sino que de esa obscura ley, el médico debe abandonar resignado toda lucha. Dice Laín en su obra *El médico y el enfermo*: «Nada más significativo a este respecto que la definición de la *tékhne iatriké* en el escrito *De arte*: “Pienso que la medicina tiene por objeto librar a los enfermos de sus dolencias, aliviar los accesos graves de la enfermedad y abstenerse de tratar aquellos enfermos que ya están dominados por la enfermedad, puesto que en tal caso se sabe que el arte no es capaz de nada” (L. VI, 4-6)»; agrega más adelante Laín: «Regido por sus tendencias acerca de la naturaleza, el hombre y el arte, el médico griego entendió como un deber suyo abstenerse de tratar a los incurables, a los desahuciados; mejor dicho, a los enfermos que su discriminación entre “enfermedad forzosa” (*nosos kat'anánken*) y “enfermedad por azar” (*nosos kata tykhen*) hacía considerar incurables o desahuciados por un inexorable mandato de la divina Naturaleza».³

El médico griego divisa en el hombre un trozo purificado de la naturaleza, algo cosmológico y su mentalidad será naturalista cosmopatológica; Platón y Aristóteles, igual que Hipócrates, sienten esa naturaleza como divina, animada por un alma, y susceptible incluso de ser influida a través de la palabra; en cuanto divina e influida por la palabra alcanza también una realidad social: «Todos los griegos pensaron que la particular *physis* del individuo humano se relaciona con la materna *physis* universal, tanto directamente (generación, alimentación, respiración, etc.) como a través de la sociedad o *koinomía* en que por naturaleza el hombre se halla inscrito; por tanto a través de la *polis*».⁴

Según Laín Entralgo la mentalidad cosmopatológica, al igual de la personalística semítica, sería una constante no alterada por el curso de los tiempos y bajo apariencias diversas, seguirá siendo siempre la misma. Hasta hoy se ha expresado de preferencia de tres maneras: la fisiopatológica, la anatomopatológica y la etiopatológica, y trátase de cualquiera, no abandonará la creencia de que el problema de la salud y de la enfermedad, reside exclusivamente en conocer las leyes de la normalidad y anormalidad del soma; ahora, que se vea en el soma un armonioso ritmo de los cuatro elementos, un juego de humores, un conjunto de tejidos, células, genes o reacciones bioquímicas, de todos modos serán cosas que directa o indirectamente caen bajo el poder de lo susceptible de mirarse, mensurarse o reducirse a leyes científico-naturales.

La mentalidad médica pareciera entonces una especie de «inmutable» sensibilidad

³ Pedro Laín Entralgo, «El médico y el enfermo». Ed. Guadarrama, Madrid, 1969; p. 46.

⁴ Pedro Laín Entralgo, op. cit., p. 40.

peculiar de ciertos pueblos, en cuya virtud sólo se manejan con original habilidad dentro de un área de fenómenos relativamente precisa, y que para griegos y occidentales, coincide con el área de lo físico, lo concreto, lo visual. Así aun Laennec y los investigadores del siglo XIX que inventaron y usaron el estetoscopio, al pesquisar ruidos patológicos en el corazón y el pulmón, se imaginaban ocularmente cómo habría de ser el tipo de alteración de las válvulas o de los bronquios, para tener capacidad de expresarse auditivamente de esa manera anómala; la imagen si era justa, debería corresponder a la que mostraría la necropsia en caso de fallecimiento.

La mentalidad sería, pues, algo similar a una fascinada atracción por un cierto modo de aprehender la realidad, y en el caso de la medicina occidental, lo sería por lo mensurable, objetivable, transformable. Ello daría cuenta de la ceguera de los médicos para dar su verdadera importancia a los aspectos psicológicos y morales, de cuyo influjo en el enfermar, se daban cuenta, pero que dejaban de lado en el momento de tratar con lo morboso mismo. Una serie de grandes figuras del siglo dieciocho y diecinueve declararon la importancia del hombre moral para el hombre físico, pero desdiciéndose, a la hora de enfrentar el mal declaraban inútil en la terapia toda intromisión de lo psicológico o lo ético. Por eso afirma Laín, que la medicina ha sido siempre psicosomática, pero la patología, sólo en época muy reciente, después de Freud:

En la historia de la medicina de Occidente, desde Salerno hasta Freud, han ido cambiando el contenido y la figura de sus cuatro ingredientes principales: idea de la naturaleza del hombre, capacidad técnica para explorar y tratar, modo de la religiosidad y estructura social de la acción médica. Pero no ha desaparecido ni cambiado el puro ateniimiento de la patología a la vertiente física del ser humano. Pronto veremos, a título de ejemplo, lo que en patología han venido siendo las «neurosis» o *névroses*, desde el siglo XVIII.⁵

La fascinación por la realidad física es tal, que el médico griego se ha esmerado en restablecer su armonía cuando ella peligraba; deseaba estar seguro de copiarla igual y tenerla siempre a mano, en caso de que aquella envejeciera o se agotara. El hombre posterior ya no aspira a copiar sino a crear naturalezas autónomas, vivas y radicalmente novedosas; supone erradicar la enfermedad y quizás si hasta la muerte.⁶

En medio de la lujuria por lo físico —ya en el sentido griego, ya en el moderno—,

⁵ Pedro Laín Entralgo, *Enfermedad y pecado*, ed. cit.; p. 93.

⁶ En *El médico y el enfermo*, pp. 111 y 112, dice Laín: «Con el auge del voluntarismo y el nominalismo (Escoto, Ockam, Durando), en la Baja Edad Media va a iniciarse una idea de la ciencia natural y de la técnica —del "arte"— bien distinta de la que hemos visto constituirse en el siglo XIII. Lo que hace que el hombre sea imagen y semejanza de Dios —se piensa ahora— no es en definitiva su inteligencia racional, como había afirmado Santo Tomás de Aquino, sino su voluntad libre, su libertad. Cambia, pues, el modo de la relación entre el hombre y la naturaleza; porque si todas las «necesidades» de ésta son para la libre voluntad de Dios necesidades *ex suppositione*, lo mismo acontecerá, dentro de una medida humana, en el caso del hombre. El arte, la capacidad técnica del hombre frente a la naturaleza, no tendría en principio límites irrebasables, contra lo que pensaron los griegos y seguían pensando los helenizados cristianos del siglo XIII. Germinalmente surge así en las mentes de la Baja Edad Media la conciencia de un poder humano sin límites sobre las «necesidades» o «forzosidades» de la naturaleza; en definitiva, la convicción que constituye el nervio mismo del "espíritu moderno". La utopía técnica de Roger Bacon en su *Respublica fidelium* es tal vez el primer signo visible de la nueva actitud. Y desde entonces hasta nuestros días, la idea de que mañana será posible lo que no es posible hoy —la convicción de que la historia de la técnica es un progreso indefinido— va a ser, cada vez más explícita y vigorosamente, el hilo conductor de la historia del hombre».